

él marchó á reunirse con Múmolos, con el cual ya se había entendido dos años antes. Múmolos se encontraba entonces en la ciudad de Aviñon en compañía de Gundobaldo. Este último marchó en union de los dos jefes al país de Limoges y llegó á la aldea de Brives-la-Gaillarde (1), donde descansan, segun se dice, los restos de San Martin, discípulo que fué de nuestro San Martin (2). Allí fué levantado Gundobaldo sobre el pavés y proclamado rey; pero al dar la tercera vuelta, dicen que cayó del escudo y á duras penas pudieron levantarle los que estaban cerca. Verificada esta ceremonia pasó á recorrer á caballo los límites de las ciudades de la comarca.

»Ríguntis estaba entretanto alojada en la basílica de Santa María de Toulouse (3), donde se había refugiado tambien, para huir de Chilperico, la esposa de Ragnoldo; pero cuando éste regresó de España, á donde el rey Gontran le había enviado con una embajada, se le devolvieron su esposa y sus bienes (4).

»En aquel tiempo fué reducida á cenizas la basílica del antes mencionado San Martin en Brives. El incendio fué obra del enemigo que estaba asediando la ciudad; las columnas y el altar, contruidos de diferentes mármoles, se abrieron á consecuencia del fuego; pero despues el obispo Ferreol (5) reedificó el templo, que no conservó huella del siniestro. Los habitantes admiran y veneran en gran manera á este santo cuyas virtudes milagrosas han experimentado muchas veces. Esto pasó en el décimo mes (6), y entonces brotaron las vides produciendo abortos de racimos; los árboles echaron flores; un gran resplandor se extendió por el cielo, alumbrándolo todo hasta una gran distancia antes de amanecer; tambien se vieron en el cielo fulguraciones; por el lado Norte se observó una gran columna de fuego que parecia colgar del cielo, y encima de ella había una gran estrella; en el territorio de Angers tembló la tierra, y se manifestaron muchos otros signos, que segun yo creo, pronosticaron la muerte de Gundobaldo.

»El rey Gontran envió á sus hombres de confianza á tomar posesion de las ciudades del reino de Chariberto que habían tocado en su tiempo á Sigeberto, y á que las hiciesen jurar fidelidad y someterse á Gontran. Los habitantes de Tours y Poitiers prefirieron pasarse al bando de Childeberto, y entonces fueron llamados á las armas los de Bourges y dirigidos contra aquellas ciudades. Empezaron á asolar con incendios el territorio de Tours, y redujeron á cenizas la iglesia de Mareuil (7), donde se conservaban las reliquias de San Martin (de Tours); pero no faltó la virtud milagrosa del santo, tanto que los paños que cubrian el altar no fueron consumidos por el fuego en medio de tan grande incendio, y no solamente se salvaron estos paños, sino que tampoco se quemaron las yerbecitas que se habían recogido y depositado por algun tiempo sobre el altar. Cuando los de Tours vieron tanto incendio, enviaron una embajada al rey Gontran; por-

(1) *Briva-Curretia*, en el departamento de Correze.

(2) Le-Blaut cita en las *inscr. cler.*, n.º 571 A., la siguiente inscripcion en un cáliz: *Valentinianus Augustus Deo et sancto martyri Martino Brivensi pro se suisque omnibus votum vivit et reddidit.*

(3) Probablemente se había salido de la casa donde Desiderio la había alojado. Hoy se llama la basílica donde se acogió, *Notre-Dame de la Dorade*, á causa de un cuadro dorado de mosaico que representa la Virgen. La iglesia *Notre-Dame de la Dalbade* (de albata) es otra.

(4) En el libro VI, 12, dice Gregorio que esta mujer estaba refugiada en la basílica de San Caspasio de Agen y despues en la de San Saturnino de Tolosa.

(5) De Limoges. Asistió al 2.º concilio de Macon en el año 585.

(6) En diciembre, porque el año empezaba el 1.º de marzo.

(7) Mareuil-sur-Cher, departamento de Loira y Cher, distrito de Blois.

que se decían que valía más someterse á él que ver destruido todo á sangre y fuego.

»Inmediatamente despues de la muerte de Chilperico llegó á Limoges el jefe de la fuerza armada Gararico é hizo jurar á todos fidelidad al rey Childeberto. De allí pasó á Poitiers, donde fué bien recibido por la poblacion; y cuando oyó los sufrimientos de los de Tours, enviaron una embajada conjurándonos, si queríamos nuestro bien, á que no tomáramos el partido del rey Gontran, sino que nos acordáramos de Sigeberto, padre de Childeberto. Nosotros, sin embargo, enviamos otro recado al obispo y á los vecinos de aquella ciudad (8), diciéndoles que si no se sometían en seguida al rey Gontran les pasaría una cosa análoga; porque, añadimos, ahora es Gontran padre adoptivo del hijo de Sigeberto y del de Chilperico, pues que los ha prohijado y por lo mismo es soberano de todo el imperio (franco), como lo fué su padre el rey Clotario en su tiempo.»

Este pasaje es importante porque evidencia que la gente entonces no dejaba de considerar el imperio franco como una sola potencia á pesar de la division en tres, á veces en cuatro y más adelante en dos imperios independientes, que casi siempre se hacían la guerra.

«Viendo que no obedecían, salió Gararico de la ciudad como quien va á buscar un ejército, dejando en su lugar entretanto á Ebero, el camarleno (9) de Childeberto. Pero Sicaro y Vilacaro, el gobernador de Orleans, que á la sazón ocupaba á Tours, llamaron la gente á las armas, por un lado la de Tours y por otro la de Bourges, que marchando sobre Poitiers debían asolarlo todo. Tan pronto como hubieron llegado á la frontera empezaron á incendiar las casas, y entonces los de Poitiers les enviaron embajadores que dijeron: «Os suplicamos que os detengáis hasta la reunion que celebren los reyes Gontran y Childeberto; si convienen en que el buen rey Gontran nos dé la paz, no nos oponemos; y cuando no, reconoceremos por amo á aquel al cual nos tocará prestar obediencia.» A esto contestaron los otros: «A nosotros toca en todo esto ceñirnos á las órdenes de nuestro príncipe; y si no os sometéis, lo destruiremos todo como hemos principiado.» Cuando era ya inevitable que todo fuese entregado á las llamas y al saqueo, y que los habitantes fueran llevados prisioneros, los de Poitiers echaron á los hombres de armas de Childeberto fuera de la ciudad y juraron obediencia al rey Gontran; pero al poco tiempo faltaron á sus juramentos.

»Cuando llegó el día de la asamblea de justicia, envió el rey Childeberto al obispo Egidio, á Gontran Boso, Sigovaldo y muchos otros al rey Gontran. Entraron (en su palacio) y el obispo dijo: «Demos gracias á Dios Todopoderoso, ¡oh piadosísimo rey! por haberte reinstalado, despues de muchas penalidades, en tus dominios y en tu reino.» El rey le contestó: «Sí, con razon hay que darle gracias, pero no á tí, por cuyos consejos alevosos y por cuyos perjuicios mis territorios fueron asolados el año pasado con incendios; no á tí, que no has guardado nunca fidelidad verdadera á nadie y cuya astucia falaz es conocida en todas partes; no á tí, que no te has mostrado como sacerdote sino como enemigo de mi reino.» Al oír esto calló el obispo, dominado por el furor. Entonces tomó la palabra otro de la embajada y dijo: «Tu sobrino te suplica que mandes entregarle las ciudades que pertenecieron á su padre.» A lo cual contestó el rey: «Ya os tengo dicho antes que nuestros pactos me conceden estas ciudades, y por eso no las quiero entregar.» Habló otro embaja-

(8) Poitiers.

(9) Ya hemos dicho en otra nota cuán importante era este personaje en la corte de los reyes francos. Bra el camarleno el verdadero mayordomo de palacio y privado del rey.

dor y dijo: «Tambien te suplica tu sobrino que mandes entregarle la maléfica Fredegunda, que tantos reyes (reyes y príncipes, hijos de reyes) ha asesinado, á fin de que (tu sobrino) venga la muerte de su padre, de su tío (Chilperico) y de sus primos.» A esto contestó el rey: «No puede serle entregada porque tiene un hijo que es rey; ni creo tampoco que lo que decís sea verdad.»

Por esto Fredegunda deseaba sin duda tener un hijo, y más bajo la proteccion del bondadoso Gontran.

«Entonces Gontran Boso se acercó al rey en ademán de querer hablar; pero como ya se sabía que Gundobaldo había sido proclamado públicamente rey, Gontran le cortó la palabra, y le dijo: «¡Oh tú, enemigo de nuestro reino y país, que fuiste hace algunos años al Oriente para soltar contra nosotros y contra nuestro reino á un tal Balomero (así llamó el rey á Gundobaldo) (1)! ¡Tú, hombre perjuro y falso siempre, que jamás cumples lo que prometes!» Gontran Boso dijo: «Tú estás sentado en tu trono como señor y rey y nadie se atreve á contradecirte, pero yo me declaro inocente en este asunto; si alguien de mi clase me acusa en secreto, que se presente ahora públicamente y que hable; entonces, oh piadosísimo rey, deja que Dios decida entre nosotros cuando nos vea luchar en singular combate (2).»

»Callando todos, añadió el rey: «Todos deben desear ardentemente que sea expulsado de mis tierras este advenedizo, cuyo padre ha sido molinero, ó, para decirlo más claro, cardaba la lana.» A pesar de que muy bien puede suceder que una persona se ocupe en estos dos oficios por orden de su capataz, uno de los embajadores increpó al rey en són de mofa: «¡Conque este hombre ha tenido, segun tú dices, dos padres, uno cardador y otro un molinero! No digas, oh rey, semejantes desatinos, porque jamás se ha oído que un hombre tenga dos padres, á no ser en materia espiritual (3).» Esto hizo reír á muchos, y uno de los embajadores dijo: «Nos despedimos, oh rey, y ya que no quieres entregar las ciudades de tu sobrino, sabe que todavía existe el hacha que hendió la cabeza de tus hermanos y que pronto la sentirás junto á tu cráneo y te aplastará los sesos.» Con esto se retiraron disgustadísimos.

»El rey, furioso al oír estas palabras, mandó que al partir les arrojasen á la cabeza estiércol de cuadra y de los excusados, astillas y heno podrido; con lo cual salieron enteramente desfigurados y se marcharon siendo el ludibrio de la gente.» En el lenguaje de estos embajadores vemos ya la altanería de los jefes francos en frente del último rey merovingio varonil, y podemos suponer cómo harían sentir su fuerza en su país y en el reino de Chilperico despues del asesinato de éste. Era el principio de la lucha entre la autoridad real, débilmente representada, y la naciente aristocracia, insolente y discolosa, lucha que caracteriza la época de decadencia de la dinastía merovingia, que había principiado con la funesta muerte del enérgico rey Sigeberto.

Este poder real había adquirido grandes proporciones desde Chilperico y Clodoveo; los hijos y nietos de éste, aunque luchando á menudo con gran resistencia, lo habían dilatado, tanto exterior como interiormente, diseminando el elemento germánico, ó sea franco, sobre una superficie enteramente desproporcionada al número de individuos de la raza dominante, diseminacion que hacía imposibles las antiguas asambleas de los varones libres de las tribus primi-

(1) Por ser probablemente el nombre verdadero del pretendiente que se presentó como príncipe Gundobaldo. Balomero se llamó tambien un rey marcomano.

(2) Ruinart condena en su comentario estos desafíos judiciales, que la Iglesia jamás ha aprobado.

(3) Padre y padrino.

tivas, en que éstos elegían para cada expedicion guerrera el jefe que querían y zanjaban las cuestiones de justicia segun su antigua costumbre. A la sazón, en medio de una numerosa poblacion vencida, en parte esclava, y siempre infinitamente más inteligente que sus dueños, éstos, entregados á los goces materiales, necesitaban el apoyo central que les ofrecía el nuevo poder real y se sometían á él por instinto de conservacion, bien que rebelándose cuando en su limitada inteligencia olvidaban temporalmente su situacion aislada. En estas condiciones, la prepotencia de los nobles no significaba libertad ni derecho, sino solamente la tiranía de algunas familias que, uniendo la barbarie franca á la corrupcion romana, se entregaban á la satisfaccion de sus desenfrenadas pasiones, sin que el cristianismo que habían abrazado les hubiese hecho mejores.

La escena de la audiencia de la embajada nos deja entrever una parte de este estado social de los francos, y todo lleva el sello de la exactitud, hasta las mismas palabras que se pronunciaron. Parecerá singular que el rey Gontran no perdiera la paciencia y no castigara al atrevido que aludió al hacha asesina de sus hermanos para amenazarle con igual suerte; pero hay que considerar que este lenguaje era de uso sobre todo en semejantes circunstancias, y hay que tener tambien en cuenta la inviolabilidad de los embajadores, que mientras no pasaban á mayores convenía respetar. Que allí no había finura, ni en las cortes, lo prueba la manera que tuvo el rey de desahogar su malhumor, manera indigna de un rey.

Júzguese ahora el lenguaje y conducta que los tales embajadores y otros francos poderosos habrán usado en su país en el reinado de un niño.

«Hallándose la reina Fredegunda todavía en la iglesia principal de Paris, llegóse á ella Leonardo, que había sido doméstico en palacio y que á la sazón acababa de llegar de Toulouse. Este entró, pues (en la iglesia), y le contó en estos términos los ultrajes que estaba sufriendo su hija: «Segun me mandaste, fui allá con la princesa Ríguntis; he visto su humillacion y cómo fué despojada de sus tesoros y equipaje; yo he podido evadirme y he venido aquí para enterar á mi señora de lo que ha pasado.» Cuando esto oyó la reina se puso furiosa y mandó quitar al mensajero cuanto llevaba encima, en la misma iglesia, y sin ropa y sin el tabalí, que le había regalado el rey Chilperico, mandóle marcharse de su presencia. Hizo luego desnudar, azotar y cortar las manos á los cocineros, panaderos y á cuantos supo que habían regresado de aquel viaje. Tambien quiso perder en el ánimo del rey Gontran á Nectario, hermano del obispo Baudigiselo (4), imputándole cosas indignas; sostuvo que se había quedado con muchas cosas del tesoro del rey difunto, y que de las despensas se había llevado muchos jamones y mucho vino, y pidió que fuese cargado de hierros y encerrado en oscuro calabozo. Pero la longanimidad del rey y las súplicas del hermano (el obispo) no dejaron llegar las cosas á este extremo. Muchos actos de soberbia y perversidad cometió (esta mujer) todavía, sin temor de Dios, estando en la iglesia, en la cual se había refugiado. Tenía allí cerca de sí al juez Audo, que la había servido en vida del rey en muchas de sus maldades. Con el auxilio del prefecto Múmolos había sometido á las contribuciones generales á muchos francos (aquí ya no dice Gregorio de Tours bárbaros) que en tiempo del rey Childeberto I habían sido hombres libres; pero éstos quitaron á Múmolos cuanto tenía cuando el rey hubo muerto, por manera que no salvó sino lo que llevó encima, y pegaron fuego á sus casas, y á él le habrían muerto seguramente si no se hubiese refugiado con la reina en la iglesia.»

(4) De Le Mans.

Aquí tenemos otro ejemplo de la ausencia de toda organización y sentimiento de justicia; el único régimen al alcance de los francos es la fuerza bruta, la del mas fuerte; muerto el rey cogen al empleado que les habia hecho contributarios, probablemente por orden ó con la autorizacion del rey, y le roban cuanto tiene, incendian sus casas y le habrian muerto si no se hubiese acogido al asilo sagrado. Es, pues, un grandísimo error creer, como muchos creen, que el imperio franco debió su creacion y conservacion á la inteligencia política y organizadora de los francos. Estos tenian menos inteligencia, menos ideas de orden social, de colectividad, de justicia, gobierno y administracion que las otras ramas germánicas. El débil, el pueblo, el pobre, fuese franco ó romano, enemigo ó amigo, era tiranizado, saqueado y maltratado, sin ser jamás consultado, ni preguntado por su opinion, ni escuchado si se quejaba. El único rey que presenta alguna sombra de idea de colectividad, de generosidad y de proteccion al pueblo fué el rey Gontran. Mucho mejor estaban las cosas en España en tiempo de los visigodos Leovigildo y Recaredo, y aun en los países dominados por los longobardos en Italia, y mucho mejor tres generaciones antes bajo el dominio de Teodorico. El poder real de los merovingios decae rápidamente desde el año 584; durante un cortísimo tiempo detiene la marcha descendente un rey vigoroso, pero el imperio franco habria desaparecido á no haberlo salvado los esforzados Arnulfingos.

«Tambien disgustó mucho á la reina que los vecinos de Ruan hubiesen llamado, despues de la muerte del rey, al proscrito obispo Pretextato y le hubieran reinstalado con grandes honores en su silla episcopal. A su regreso pasó á Paris, donde se presentó al rey Gontran para suplicarle que examinara detenidamente su causa; porque la reina, que no le perdonaba el haber casado á su hijastro Meroveo con Brunequilda, sostenia que no podia ser reinstalado en su sede por haber sido depuesto en virtud de una sentencia de cuarenta y cinco obispos. Quiso el rey reunir con este motivo un sínodo; pero el obispo de Paris, Ragnemodo, le dijo en nombre de todos sus colegas: «Sabed que los obispos le impusieron una penitencia pero de ningun modo le quitaron la dignidad episcopal.» Con esto fué admitido por el rey, que le convidó á su mesa, y el obispo regresó despues á su ciudad.

«Promoto, que por disposicion del rey Sigeberto habia sido nombrado obispo de Chateaudun, fué destituido otra vez á la muerte de este rey (1) por pertenecer aquella poblacion á la diócesis de Chartres, y de consiguiente quedó reducido á la condicion de simple sacerdote. En estas circunstancias se presentó al rey con la súplica de ser ordenado otra vez obispo de la misma plaza fuerte; pero oponiéndose á ello el obispo Papolo de Chartres, diciendo que Chateaudun pertenecia á su diócesis segun la resolucion del sínodo, solo pudo recabar Promoto del rey la restitucion de sus bienes particulares sitios en el término de la misma ciudad y el permiso de poder residir allí con su madre.

«Estando el rey en Paris, le fué á ver un pobre y le dijo: «Escucha, oh rey, lo que te voy á decir: Faraulfo, que ha sido camarlengo de tu hermano, trata de matarte. Su plan es, segun he sabido, caer sobre tí con su cuchillo ó atravesarte con su venablo cuando vayas á la iglesia á hacer tu oracion de la mañana.» El rey espantado mandó llamar á Faraulfo, el cual lo negó; pero el rey, atemorizado, fué en adelante tanto á los sitios sagrados como á otras partes siempre muy armado y rodeado de hombres de armas y de guardias. Poco despues murió Faraulfo.

(1) En vida de Sigeberto le habia destituido ya el sínodo de Paris del 11 de setiembre de 573. Véanse las cartas al rey Sigeberto y al metropolitano Egidio de Reims.

«Siendo grande el clamoreo contra los que habian gozado de mucho poder en el reinado de Chilperico, y se habian apropiado haciendas y otras cosas que no les pertenecian, mandó el rey que restituyeran todo cuanto habian adquirido injustamente, conforme se ha referido antes. Tambien mandó á la reina Fredegunda que se retirase á la hacienda de Rueil, en el territorio de Ruan (2), á donde la acompañaron todos los hombres de buena cuna (*meliores natu*) que habian estado cerca de Chilperico. Estos se despidieron de ella y del obispo Melanio, que se quedó á su lado por haber sido depuesto de su silla episcopal de Ruan (3), y prometieron educar á su hijo con el mayor esmero. Fredegunda, privada en gran parte de su poder, se puso muy triste y decia que mejor lo pasaba Brunequilda que ella.»

El rey Gontran protegia á Fredegunda y á su hijo, por cuya razon aquellos hombres podian acercarse á él y encargarse de su educacion; y si el rey internó á la madre en aquella hacienda fué porque la conocia y no la queria en Paris, donde habria podido hacerse peligrosa con sus conspiraciones. Pero la envidia que tenia de Brunequilda la tenia desasegada, sin embargo de que Brunequilda se encontraba en situacion análoga, cuando no peor que su enemiga, desde que ésta la habia dejado viuda. De esto no se acordaba Fredegunda y únicamente pensaba cómo matar á Brunequilda.

«Envió, pues, secretamente á un eclesiástico de su confianza encargado de matarla, introduciéndose primero cautelosamente en su confianza y haciéndose admitir á su servicio. El eclesiástico fué allí y se introdujo efectivamente en el favor de Brunequilda apelando á muchos artificios, diciendo: «Vengo huyendo de Fredegunda y solicito tu amparo.» Conduciéndose con todos con gran humildad, y mostrándose obediente y amable, pronto privó con la reina; mas al poco tiempo se descubrió que habia ido con intenciones malas; fué atado y azotado, y habiendo confesado el plan oculto, se le permitió volver á donde estaba su patrona, la cual despues de haber oido su relacion y enterada de que no habia podido cumplir su mandato, le castigó haciéndole cortar los piés y las manos.»

Esto ocurrió en el año 584. Aquí vemos otro caso del poder absoluto que cada dueño tenia sobre los que estaban á su servicio, sin hablar de los esclavos y siervos; y teniendo en cuenta este poder, el ejemplo de generosidad que da Brunequilda perdonando la vida al que habia tratado traidoramente de matarla, hace suponer probable que allí hubiese para esto alguna otra razon que el obispo historiador, enteramente fidedigno, habrá ignorado á pesar de ser coetáneo.

«El rey Gontran, luego que hubo regresado despues de este suceso á Chalons, abrió una informacion sobre la muerte de su hermano. La reina atribuyó toda la culpa al camarlengo Berulfo (4), al cual habia suplicado en vano que se quedara á su lado, y no habiéndolo conseguido, vengóse diciendo que él habia asesinado al rey, que habia robado mucho de su tesoro y se habia retirado al territorio de Tours; por manera que si el rey queria vengar la muerte de su hermano, ya sabia que aquel hombre habia sido el principal autor del crimen. Entonces el rey, en presencia de todos sus grandes, juró que exterminaria no solamente á aquel hombre, sino á sus descendientes hasta la novena generacion,

(2) Rueil ó Ruel, cerca de Malmaison, distrito de Versalles, se supone ser la antigua *Rotalgensis*, quinta romana y despues residencia de los reyes francos.

(3) A consecuencia de la reinstalacion de Pretextato.

(4) Que otras copias de la obra de Gregorio de Tours llaman Eberulfo. Los franceses han corrompido este nombre en Evroul, Evroul y Eouvrou.

á fin de que con su muerte se concluyera la criminal costumbre de matar á los reyes. Sabido esto por Berulfo, se refugió en la basílica de San Martin, cuyos bienes tantas veces habia saqueado. Dando esto lugar á que se le vigilara, se encargaron de este servicio alternativamente los de Orleans y de Blois (1), y á los quince dias regresaron á su país llevándose muchísimo botin, ganado de tiro, rebaños y cuanto pudieron robar (en el propio país y en plena paz) (2). Pero habiéndose llevado tambien las yuntas de San Martin, disputaron entre sí por el botin, se atravesaron mutuamente con sus venablos y murieron, con lo cual fueron restituidas á San Martin las yuntas robadas. En fin, tanto mal hicieron los de Orleans, entonces, que es imposible referirlo todo.

«Entretanto, los bienes de Berulfo fueron repartidos entre varios sujetos; el oro, la plata y las cosas de mas valor que habia llevado consigo fueron abandonados al primero que quiso tomarlos; los bienes que le habian sido concedidos volvieron al fisco; sus yeguas, bueyes y cerdos, le fueron robados, y de su casa, en el interior de la ciudad, que pasó á poder de la iglesia y que estaba repleta de cereales, vino, jamones (3) y muchas otras cosas, solo quedaron las paredes desnudas. Todo fué saqueado, y de quien mas sospechaba Berulfo era de nos (el obispo Gregorio) y á menudo juró que si alguna vez volvia á recuperar el favor del rey nos haria pagar todo el mal que padecia; pero Dios, que ve los secretos de los corazones, sabe que no hicimos mas que socorrerle de buen grado hasta donde llegaron nuestras fuerzas; pues si bien habia intrigado muchísimo antes contra nos, con motivo de los bienes de San Martin, habia un motivo para que no nos acordáramos de esto, por haber sacado de pila á su hijo.»

Merece llamar la atencion el espíritu cristiano que en aquellos tiempos admitia en el sagrado asilo sin distincion á inocentes y culpables, y hasta á los que habian atropellado y robado brutalmente los mismos lugares sagrados y á sus ministros. Por otra parte, conmueve la severidad con que se respeta el deber religioso que el cristiano asume al apadrinar á una persona en el bautizo.

«Yo creo que lo que mas daño causó á este infeliz fué que no respetó al santo obispo, porque hasta cometió homicidios en el átrio mismo (de la basílica) y á los mismos piés del santo (4). Allí se entregaba continuamente á la bebida y á otras cosas mundanas y livianas. A un sacerdote que no queria darle mas vino porque le veía ya completamente ébrio, arrojó sobre un banco y le dió tantas puñadas y patadas, que el hombre quedó casi exánime, y quizás habria expirado si los médicos no hubiesen acudido á su auxilio aplicándole ventosas. Berulfo, por temor al rey, dormia siempre en la sacristía de la basílica, pero cuando el sacerdote encargado de las llaves habia cerrado todas las puertas, y se habia retirado, entraban en la iglesia por la puerta de la sacristía las mozas y los criados de Berulfo, miraban las pinturas de las paredes y manoseaban las alhajas del santo sepulcro, con gran disgusto de los religiosos. El citado llavero, al saberlo, clavó la puerta y corrió cerrojos por dentro; pero Berulfo lo observó despues de cenar, ya muy cargado de vino, y cuando estábamos cantando á la entrada de la noche en la basílica los salmos, penetró furioso dentro y empezó á lanzarnos denuestos y maldiciones, echándose en cara, entre invecti-

(1) Los hombres de armas francos establecidos en los citados territorios.

(2) Y sin que el rey, autoridad única, los castigara.

(3) La carne de cerdo era la mas usada entre los germanos todos y entre los celtas tambien, porque ya se comprende que la caza, aunque ocupacion constante, solo daba recursos eventuales.

(4) De su sepulcro.

vas groseras, que yo queria separarle de la sagrada cubierta del santo obispo (5). Yo, asombrado de tanta obcecacion, traté de calmarle con buenas palabras, pero viendo que no podian dominar su furor, determiné callar. Viendo que yo no contestaba, dirigióse al presbítero con sus denuestos, continuando así, haciendo á éste y á mí varias acusaciones en términos soeces; hasta que nosotros, al ver que estaba por decirlo así poseido de un demonio, salimos de la basílica poniendo fin á las vigilias y al escándalo. Lo que mas nos indignó fué que habia armado esta pendencia sin respeto al santo obispo y justamente delante de su sepulcro.

«Tuve entonces un ensueño que comuniqué al mismo Berulfo en la santa basílica: «Soñaba que decia la santísima misa en esta basílica, y estando el paño de seda extendido sobre el altar con las sagradas formas, ví entrar súbitamente al rey Gontran, que gritó en alta voz: «¡Arrastrad fuera al enemigo de nuestra familia! ¡Arrancad al asesino del santo altar de Dios!» Al oír esto, me dirigí á Berulfo y le dije: «Coge el paño del altar que cubre las sagradas formas, ¡desgraciado! á fin de que no te arranquen de aquí!» tú le cogiste con mano floja y no te agarraste fuertemente; pero yo extendí mis brazos, apreté mi pecho contra el del rey, y dije: «No arranques á este hombre de la santa basílica, á fin de que no pongas tu vida en peligro y la virtud del santo obispo no sea tu desgracia. No te mates con tu propia lanza, porque si llevas esto á cabo, perderás esta vida y la otra.» El rey no quiso ceder y entonces soltaste el paño y te colocaste detrás de mí, bien que te fuí en gran manera incómodo, y al volverte al altar, tomáste de nuevo el paño, pero lo dejáste caer otra vez; y mientras así vacilabas (6), y yo me oponia con teson al rey, desperté angustiado y sin saber lo que este ensueño significaba.» Cuando esto hube referido á Berulfo, dijo: «Tu ensueño es verdad y concuerda mucho con mis pensamientos;» y cuando le pregunté: «¿Cuál es el plan que has formado?» me contestó: «Habia resuelto, para el caso de que el rey quisiese hacerme sacar fuera de este sitio, asir con una mano el paño del altar y blandir con la otra la espada, matarte primero á tí y matar despues á cuantos eclesiásticos pudiese alcanzar; entonces, habiéndome ya vengado en los clérigos de este santo, no seria ya para mí un deshonor el morir.» Al oír esto quedé estupefacto, porque era el mismo Satanás el que hablaba por aquella boca.»

Excusada es toda nueva observacion sobre el espantoso salvajismo tan ingenuo como incivilizable de los francos aun á fines del siglo vi, y eso que Berulfo fué uno de los principales, que habia sido camarlengo ó cosa análoga cerca del rey Chilperico, el mas instruido, el de mas talento y el mas católico de los reyes francos merovingios. El clero del asilo habria vejado algo á aquel furibundo, pero era de todo punto imposible no contrariar á semejante fiera teniéndola por huésped en una basílica, el santuario mas venerado quizás de la Galia en aquella época.

«Jamás habia tenido temor de Dios, porque cuando estuvo libre mandó sus caballos y rebaños á que pastasen en las viñas y sembrados de los pobres, y cuando éstos los arrojaban de allí porque echaban á perder su penoso trabajo, los hacia acuchillar al instante por sus hombres de armas. Hasta en la situacion angustiosa en que entonces se hallaba referia á menudo cómo se habia apropiado contra toda justicia bienes del santo obispo, y hasta el año anterior habia hecho formar causa á los administradores de la iglesia principal sirviéndole de acusador un traidor vecino de la ciudad; todo para adqui-

(5) Es decir, privarle de asirse de ella en un momento de peligro supremo.

(6) Entre tener el paño asido y soltarlo.